

LA MUERTE DEL CIERVO.

Ya hemos manifestado otras veces las sensaciones dolorosas que rescita en el hombre sensible la muerte de todos los seres que dividen con él las angustias de la vida. Aquellas suben de punto cuando el arte nos las presenta con aquel natural colorido de verdad que nos hace dudar de la ficción del cuadro.

He aquí el gran mérito del que Landseer, ese artista del corazón, supo llegar á sus amigos, y que estos han reproducido mil y mil veces. La muerte del ciervo, imaginada por el pintor alemán, es su mayor gloria, por la viveza de expresión, por el sentimiento de verdad, por la actividad desesperada del noble animal, dotes que se revelan á la primera ojeada que se echa sobre tan hermosísima pintura.

Nosotros ofrecemos hoy con satisfacción el interesante grabado que la representa, bien convencidos de que nos lo agradecerán todos los que conozcan el relevante mérito, la animación y la valentía de las concepciones de Landseer, uno de los mas aventajados maestros de la escuela alemana.

GLOBOS AEROSTATICOS.

El examen atento de los fenómenos de la naturaleza y la reproducción artificial de ellos cuando es posible, han contribuido de un modo poderoso á la investigación de las grandes leyes de la misma.

Los físicos antiguos, á quienes debemos trabajos de la mayor importancia, no han seguido siempre este camino; único que podía conducirlos al perfeccionamiento de la ciencia. Considerando el mundo á su antojo, pretendían, en el silencio de su estudio, que se amoldase á su capricho, cayendo por consecuencia en errores harto lamentables. En el día, á la discusión teórica se asocian los fenómenos prácticos, ó por

el contrario, convencidos los ojos se habla á la razón, y de esta manera la inteligencia mas vulgar no tarda en comprender la maravillosa armonía que existe entre los fenómenos que se suceden en el planeta que habitamos.

El pensamiento de lanzarse el hombre á las regiones aéreas ha bullido en su mente desde una época bien lejana por cierto, aun para aquellos á quienes era enteramente desconocido el luminoso principio de Arquímedes, base fundamental de semejantes aplicaciones; pero no se crea que la construcción de los globos aerostáticos fuese el resultado inmediato de sus ansiados proyectos, sino que tomaron por modelo el vuelo de las aves.

En efecto, al considerar el hombre que las aves por su organización especial y por un instinto admirable conocen los vientos mas adecuados á su modo de vivir, que dirigen su rumbo sin brújula, elevándose sobre las regiones de las tempestades, y atraviesan el espacio con velocidad inmensa, envidió la suerte de estos seres, y se consideró rebajado al contemplarse apegado á la tierra; estas reflexiones, hijas de su orgulloso afán, dieron origen á la construcción de unos aparatos por medio de los cuales pudiera admirar á su gusto el magnífico panorama del mundo.

En las Memorias de la Academia de Ciencias de París se lee que ya en el siglo XV Juan Bautista Dante consiguió por medio de un aparato lanzarse al aire, atravesando varias veces el lago de Trasimeno; pero en razón á los movimientos excesivos, rompióse uno de los muelles, quedando mal parado de su ensayo. La misma suerte y por igual motivo cupo pocos años después al italiano Bollerio y á los ingleses Cok y Olivier.

Desforjes, queriendo armonizar los movimientos físicos con los producidos por la acción vital, imitó en lo posible con un mecanismo las alas de los insectos; pero después de muchos ensayos no fué mas

firmado que sus predecesores, al que los señores Bapstville y Calais. Estas tentativas infructuosas, aunque laudables cuando se reflexiona su objeto, hicieron que se abandonase aquel sistema, buscando la navegación por los aires en vez del vuelo, objeto primordial de sus cálculos. Entonces podemos decir que comienza la construcción de los globos aerostáticos.

El inglés Bacon, teniendo en cuenta el célebre descubrimiento de Arquímedes, de que todo sólido al sumergirse en un fluido pierde tanta parte de su peso, como pesa el volumen de fluido desalojado, fué el primero que tuvo la feliz idea de construir aparatos flotantes, á que se dió el nombre de globos aerostáticos, así como tal como hoy se construyen, á un gran elipsoide de tabletas, tela, etc., etc., que se llena de gas, una redoncilla que envuelve al globo sostiene la barca donde ha de colocarse el aeronauta, y una válvula colocada en la parte superior, permite que este determine la salida del gas al pasar por capas de aire mas y mas enrarecidas. No entraremos en detalles respecto del modo de producir el gas que ha de llenar el globo, del cómo se llena este, ni tampoco acerca de la naturaleza de la cubierta; pero sí diremos que las primeras ascensiones no se verificaron en aparatos como el que acabamos de describir.

En 1670 el jesuita J. F. Lana inventó uno compuesto de cuatro globos de cobre unidamente delgados, de los cuales hizo suspender una barquerola con su correspondiente vela; la diferencia de presiones, á causa del vacío verificado en dichos globos, hizo en efecto que este hombre impetuoso pudiera vencer una de las mayores dificultades, cual era la de poder elevarse; pero como estaba sujeto á girar á merced del viento, en razón á que la vela ningún papel desempeña en esas regiones, se espuso á peligros terribles, por los que tuvo que abandonar su proyecto.

El año de 1776 estudia Cavendish el hidrógeno, que ya se conocía á principios del siglo, y entre otras propiedades físicas observa que tiene un peso específico representado por 0,0001, es decir, catorce veces mas ligero que el aire; esto bastó para que el doctor Black de Edinburgo llenara diferentes cuerpos con dicho gas, abandonándolos á la libre acción del aire; y ellos como era natural en virtud de las leyes generales de la gravedad subían hasta tocar en capas de una densidad muy próxima á la suya, puesto que la física nos enseña que los cuerpos se mantienen en equilibrio en un fluido, siempre que el peso del cuerpo sea igual al del fluido desalojado, que el centro de gravedad de ambos se hallen en una misma vertical; y que únicamente la condición de estabilidad será diferente respecto de la colocación del punto llamado metacéntrico.

Con la aplicación del hidrógeno para llenar los globos aerostáticos coincidieron los ensayos verificados por los hermanos José y Estéban Mongolfier, en Francia; pero no se valieron del cuerpo simple mencionado, sino que llenaron sus globos con el aire mismo enrarecido por la fuerza repulsiva del calor; verifican diferentes ensayos en Annonay, en patria, en medio de aplausos y á presencia de las personas mas notables del país; entusiasmados con tan buenos resultados, se trasladan á París, donde repiten diversas ascensiones, á las que asisten las personas reales y algunos sabios, que no tan solo apoyaron á los célebres aeronautas, sino que participaron de sus peligros subiendo en la misma barquilla que ellos en setiembre de 1783, desde los jardines de Muelle, yendo á descender, después de atravesar el Sena, al otro lado de París sobre el camino de Fontainebleau.

La oblicuidad que toman los globos al tiempo de partir, el luego necesario para sostener el encendido de aquella atmósfera especial, y por consiguiente la fácil combustión de la tela, demostraron bien pronto que, aunque dignos de ocupar los ya mencionados hermanos un lugar muy preferente entre los hombres dedicados á este ramo, era preciso usar los globos llenos con el hidrógeno.

Convencido de esto el joven profesor de física en París, Mr. Charles, llenó con el espesado gas uno de once pies de diámetro, y á pocos minutos se perdió entre las regiones del viento, cayendo á los tres cuartos de hora á cinco leguas del punto de elevación.

Para demostrar la confianza que debía inspirar su método, construyó un globo en el cual se elevó con Robert, y en este célebre viaje recorrieron en dos horas cerca de nueve leguas, llegando á separarse unos tres mil pies de la superficie terrestre; ¡jamás experiencia alguna ha excitado tanto la curiosidad, según nos refiere Poullet! Todo el pueblo de París estaba en movimiento; las plazas públicas, la cima de los edificios y los parajes mas elevados de la población se veían llenos de espectadores. Un cañonazo fué la señal de partida, y el globo se elevó como un meteoro sobre el horizonte, causando maravilloso efecto en virtud de los adonios con que iba engalanado y que los rayos del sol iluminaban.

Charles tuvo bastantes imitadores; por ejemplo, Blanchard, Jefféres, Hazler y Garnerin, que hicieron muchas ascensiones en diferentes puntos de Francia, Alemania, Bélgica é Inglaterra. El primero de estos aeronautas disputó el invento del para-caídas con Mr. de Garné-

rio; reducese á una especie de paraguas desplegado, el cual en razón á su superficie opone la resistencia precisa á las columnas de aire que en él chocan, determinando por consiguiente la lentitud necesaria para poder descender con felicidad. Sin embargo, como la acumulación del fluido atmosférico suele verificarse con fuerte agitación en la superficie inferior del para-caídas, ha habido que lamentar muchas desgracias al tiempo del descenso, y por eso se ha modificado modernamente poniendo en su parte superior un tubo cilíndrico, por el cual pueda salir el aire y no ejercer tan grande tensión.

Hasta ahora no nos hemos ocupado de los globos aerostáticos, sino como medios propios para excitar la curiosidad ó espectáculo públicos; pero las ciencias también debían sacar su provecho, y en efecto ascensiones verificadas por sabios físicos, han hecho conocer en parte esa multitud de capas que envuelven la tierra que habitamos, ese gran laboratorio en que la naturaleza como los gases desprendidos, se satura, descompone y volatiliza, ó los condensa y precipita para subvenir á las necesidades del reino animal, vegetal y mineral.

Entre los diversos viajes emprendidos con objeto verdaderamente científico, debemos señalar los realizados en Francia en 1801, por dos hombres ilustres, MM. de Gaylussac y Viot. En su primera escursión subieron á una altura de tres mil pies, é hicieron experiencias numerosas respecto al estado eléctrico y temperatura del aire.

Con entusiasmo verdaderamente científico, y á pesar de los funestos accidentes que observó Gaylussac en su compañero, volvió á emprender un segundo viaje subiendo á la altura de siete mil cuatrocientos metros, una de las mayores á que hasta el presente se ha llegado, por cuyo medio pudo legar á las ciencias las siguientes observaciones.

El termómetro bajó en aquellas capas atmosféricas á 10°, experimentando por consiguiente un frío excesivo; el estado de sequedad del aire era tan grande, que los cuerpos ávidos de humedad se contrahían, los líquidos faltos del influjo de la presión se evaporaban, y los fluidos animales, como la sangre, empezaron por la misma causa á salirse de los vasos en medio de una respiración ánhelosa. Todo contribuía á esas fuertes hemolisis que frecuentemente experimentan los aeronautas, al abalanzamiento, vértigos, etc. Suspendidos en medio de los espacios con un aire tan enrarecido, ningún ruido se siente, puesto que falta, ó al menos no tiene las condiciones que debe, el aire, vehículo conductor de las ondas sonoras; la voz misma del físico citado dejó de hacerse perceptible, y si á esto añadimos el color negrozco que ofrece el cielo, podremos hacernos cargo de aquel espectáculo tristísimo, solo comparable, como dice muy bien Gaylussac, á la mansion de los muertos.

La columna barométrica señaló 26 pulgadas, pero la disminución en las oscilaciones magnéticas de que habla Roberson, las niega dicho físico; sin embargo en la *Revista Militar* de 23 de noviembre de este año he visto un artículo suscrito por el señor D. C. X. Sandoval, en que indica con referencia á la *de los dos Mundos*, que ha vuelto á notarse este año por Godard y por M. Ivan Maxuel desde la altura de tres mil setecientos sesenta metros en el curso del viaje áéreo que verificaron desde París á Spa. El señor Sandoval, no obstante que verificó una ascension, dice no haber notado ninguna suspensión magnética, si bien es verdad que su brújula era muy pequeña.

Concluiremos manifestando que el uso de los globos aerostáticos, aun sin alcanzar la resolución del problema que tanto agita hoy la mente de muchos sabios y de muchos locos respecto de darles dirección, ha de ser de una utilidad inmensa, utilidad que indudablemente se estaria palpando si Napoleon en un rato de mal humor no hubiera disuelto la escuela de aerostacion de Meudon, á pesar de los servicios que prestó á la Francia en Charleroi y Fleurus; por otra parte las operaciones geodésicas y topográficas habrían recibido igualmente un poderoso auxilio.

ANGEL V. Y PINTO.

EL PICO-SAGRO (1).

Representas en vuestra imaginación una pirámide colosal sobre el horizonte de un valle, un obelisco gigantesco que sale al encuentro de los paisajes de la vega, una montaña cónica, coronada, como la Cibele de la mitología, con fantásticas almenas de castro: he aquí el Pico-Sagro de la *Ulla-Saja*.

Esta eminencia es el cráter de los aguaceros y la fragua de los rayos. Es el símbolo del misterio y de la soledad. La pirámide es una figura geométrica que pertenece á la religion desde que se ha colocado

(1) Este artículo pertenece á una descripción inédita de la *Ulla-Saja*, bajo el título de *EL VALLE DE GALICIA*.

sobre los septileras. Montaña ó catalfo, la pirámide es la mensajera de una resguardada melancolía. El Pico-Sagra es observado, consultado, y espiado por los habitantes de la Ulla-baja. Es el padre tutelar de la comarca; es un barómetro colosal. Se parece al abuelo de una familia, que donde quiera que se presente es saludado con respetuosa veneración. Sobre su cima descansan las arbores; en el centro de sus prolongadas vertientes se advierten vaporosas galerías. Los sembrados son impelidos por el viento hacia sus graveros fibulosos: las tempestades que desgajan las rocas apiladas en su cumbre, sobre las veredas abiertas por los aluviones, salen de su cavernoso abismo.

En los serenos días de primavera se destaca en lontananza, realzadas sus aristas por el purísimo azul del cielo, que representa un celaje de costa, multiplica sus margeritas silvestres, renueva las matas de tomillo, descubre los fragmentos de gneis micáceo que espesan entre el brezo y la erica (1), y esparcha las cristalizaciones de cuarzo palmitanías por el agua, brillando sobre el césped, como diamantes despreñados de una corona. Entonces las ovejas seestean en su falda y los pastores duermen sobre sus rocas, entre el milano que se cierne en el aire y la culebra que dilata sus fauces entre las piedras. El valle se reanima, las vides se enervan, los árboles se pueblan de flores; el río retra sus aguas, volviendo á sus márgenes los prados fecundados por el aluvion.

Durante el invierno, la cima del Pico-Sagra desaparece entre las revueltas nubes lacinadas sobre sus vertientes, y no asoma su rugosa cresta hacia la vega hasta que el sol unjuga las márgenes del río. Sus perfiles se emborronan sobre el fondo oscuro del horizonte, sus rocas se ennegrecen, sus veredas son arroyos. El valle desfallece, los campos se enclaman, los viñedos se cambian en áridos enmaderados, las corrientes del río hacen coser las barcas. Ha llegado la estación de las hogueras, de las veladas, de las apariciones y de los cuentos. Las castelleras abandonan sus torres señoriales y vuelven á las ciudades.

De esta suerte el valle de la Ulla-baja está familiarizado con el Pico-Sagra. Existe entre la montaña y la vega una relación misteriosa, un consorcio íntimo, una alianza duradera, algo de veneración y algo de miedo.

El viajero que desde la Casa Blanca sube á la cumbre del Pico-Sagra, refrenando el impetuoso ímpetu de un caballo inseguro sobre las estrechas veredas que salen al encuentro, después de treinta minutos de una ascension impaciente, es sorprendido por la cadena de montañas que se divisan en lontananza recorriendo un dilatado horizonte de siete ó ocho leguas. A la altura de 640 varas castellanas sobre el nivel del mar, se anubla su vista en los oscuros y confusos celajes que se ofrecen en prolongado anfiteatro. Sobre las rocas de la cima, la perspectiva se ensucia, estendiendo su lontananza hasta las bullidoras aguas del Océano (2). Busca en derredor una sombra reparadora para templar los rayos del sol, y en la pendiente que está á sus pies descubre entre ó cinco árboles desahundados, á cuya sombra duermen las ovejas, refrescando su sed en una fuente rústica. Sus pies gravitan sobre el resfriamiento de una inmensa capa de fuego primitivo. En esta caldera se ha petrificado la ebullicion formando rocas caprichosas y fantásticas. Desaparecen los monumentos del arte; desaparecen los hombres; casi se olvidan. El viajero se acerca á la creación, á Dios. La suave brisa que agita sus cabellos sobre su frente descubierta, también estirada á la meditación, al sentimiento, lo que equivale á decir, á la perseverancia de la fe. Una montaña es el pedestal de Dios. Así se fatiga el viajero en sus vertientes, se descubre en sus mesetas y se postra en su cumbre. Desde una eminencia se reconoce el poder divino como se distingue el Océano desde el palo-mesena de una embarcacion. Entonces pronuncia involuntariamente estos melancólicos versos de Lamartine á la soledad:

Souvent sur la montagne, á l'ombre du vieilx chêne
Au rocher du soleil, tristement je m'assieds
Je promène au hasard mes regards sur la plaine
Dont le tableau changeant se déronle á mes pieds

Que me font ces vallons, ces palais, ces chaumières
Vains objets dont pour moi le charme est envolé?
Fleurs, rochers, forêts, solitudes si chères
Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

Las masas de cuarzo apiladas en la cumbre del Pico-Sagra representan grupos sombrios, esculturas fantásticas, esconchos seculares y petrificaciones colosales. Aquí un molinito sostenido por una imborna aguja improvisa una pagoda salvaje. Allí tres rocas de escuelas aristas agrupadas en el vértice de la montaña, se asemejan á gigantes de oscuro ropaje, escalando, como los titanes de la fábula, la cumbre

de la montaña. Ya se acumulan las rocas en el declive imponente de la cima, como camellos acostados á la sombra de una tienda del desierto, ya se remontan en sombría confusión, presentando las afiladas puntas de sus cristalizaciones, ó los mellados asientos de sus capas, como inmensos chorros de metal colado que han enfrizado los siglos.

La mole inmensa de cuarzo que se estienda sobre el Pico-Sagra está dividida por un profundo andén de 61 1/2 pies de longitud y 7 de latitud, que ha servido de loso á un antiguo castillo señorial. Al Oeste se encuentra la capilla de San Sebastian del Pico-Sagra, antigua iglesia parroquial de Lestedo (1) y remoto monasterio de San Sebastian de Monte-Sacro (2). Es una pequeña iglesia de prolongado alero delante de la puerta principal, y con una sacristía detrás del altar. Desde la meseta que facilita su entrada, las masas de cuarzo reposan sobre su tejado. A medida que se desciende hacia el valle, las rocas se abultan y la capilla se achorra. Desde las vertientes de la montaña, la capilla es un copo de nieve conservado entre las rocas del Pico-Sagra. Al lado de la iglesia se conserva un miserable albergue que ha representado años atrás una vocacion ceobitica, á riesgo de que los espíritus malignos de la comarca conserven de su habitadora una leyenda del diablo. Al Oeste dos alcornoques sombrios una pequeña fuente cubierta de césped, con un dintel tronchado que le sirve de cornisa. A la vera del antiguo camino de los devotos que venian en romeria á visitar la catedral de Santiago, en el Carballo das Combas, existia otra fuente renovada en 1670 para alivio de los peregrinos (3). Sobre el pilon de la fuente de Santiago se había esculpido en una piedra el romance religioso de la reina Lupa: dos árboles, un dragón, tres toros, dos discípulos del Apóstol, haciendo uno de ellos la cruz al dragón, dos castillos y un león; lo milagroso unido á lo caballeresco, lo devoto á lo señorial.

De los árboles que en lo antiguo cubrían las vertientes de la montaña, al decir de los antiguos, solo han quedado algunas encinas hacia San Juan da Coru. Al Nordeste se descubren en el fondo de la pendiente algunos tejares que representan apiladas volcanas.

En una de las masas culminantes de cuarzo, se ha colocado en 1851 una cruz de madera de veintisiete pies de elevacion, para salvar al país de los estragos del cólera morbo (4). En 1856, un rayo la hizo astillas. La peste ya era entonces un pavoroso recuerdo. Hacia el Oeste, cerca de los peñales abiertos en el césped por las pisadas de los romeros y de los curiosos, se descubre una de las entradas subterráneas del pozo del Pico-Sagra. Su desagüe está abierto en cuarzo y cristal de roca (5). Cerca de la capilla de San Sebastian también se descubre otro cañino, que fué cegado por la herida una pastora en el fondo del precipicio. Se cuentan exploraciones científicas y aventureras que no han pasado de la tercera galería. Los chibidos de las aves de rapia, multiplicados en las concavidades del pozo, los arroyos despreñados de las grietas enmohecidas sobre un lago que se advierte, aunque no se ve, los ruidos inesperados que fatigan el cuerpo y preocupan la imaginacion, y los bordes sombríos de la cima, en cuyo término se estrellará la ciencia y la curiosidad, por las piedras arrojadas en su fondo por los romeros que concurren á las dos festividades anuales de San Sebastian, suspenden al viajero en su infatigable avidez. Algunos fragmentos de cristal de rosa recogidos en las paredes del subterráneo no compensan los peligros de rastrear por su angosta embocadura, encorvarse bajo sus oscavaciones horizontales, y ser suspendido por una cuerda sobre el fondo de la tercera galería (6).

El viajero busca el azul del firmamento y la suave entonacion del lejano horizonte. Escala la meseta de la cima, y vacilando en medio

(1) En el libro viejo de bautizados de Santa Maria de Lestedo se reconoce que desde 1617 no se ha bautizado en San Sebastian de Monte-Sacro. Desde 1770 se bautiza en San Lorenzo de la Granja, incorporado á Lestedo en 1873, como iglesia parroquial, antes de cuyo año se administraba este sacramento en Santa Iglesia de Lestedo. Desde 1617 es capilla San Sebastian de Pico-Sagra, cuya iglesia se levantó como parroquial á consecuencia de una peñon topográfica, combidos fuertemente por las tempestades. Desde 1622 existe en esta ermita una cofradia con la advocacion de San Sebastian.

(2) Esta abadía, como las de San Lorenzo de Carbouiro, San Salvador de Bergondo, San Martín de Carobas y otros prioratos, fué incorporado al monasterio de San Xarín Pinar (Santiago) en el siglo XV. Ha habido un suyo de San Xarín de Antolares (de la misma ciudad), como San Martín de Oza, San Julian de Sabado y Santa Maria de Tado, incorporados á aquel monasterio. El Pico-Sagra pertenece á la jurisdiccion del arcobispado de Santiago, y las monjas de San Xarín presentan el curato de Santa Maria de Lestedo. La antigua jurisdiccion de Lestedo y Montecaro se componia de las feligresias de Lestedo y Serrandou, cuyo juez ordinario nombraba el prelado compostelano.

(3) Don Pedro de Valdes Peñon y Norton, letrado de la catedral de Santiago, ha construido la fábrica de esta fuente.

(4) Por disposicion del Excmo. señor Vales, prelado de Santiago.

(5) Según Severa (Descrip. geogr. del reino de Galicia, Madrid, 1824, pág. 47), el Pico-Sagra presenta la singularidad de ser formado de cuarzo rosado cristalizado blanco. Sus vertientes son de gneis, micaes, granito, y amfibolita.

(6) Los romeros llaman á esta montaña Monte-Sacro, porque asegura que tres criaderos de oro, llamado el nombre de sagrado porque solo al año le estaba permitido abrir la tierra para escavar esta preciosa metal. Las exploraciones geológicas combien esta autoridad. El pozo del Pico-Sagra, abierto por los curules y profanos bajo la vigilancia de los legimos romeros, habia proporcionado mucho para la fabrica del botanico en las obras publicas de España.

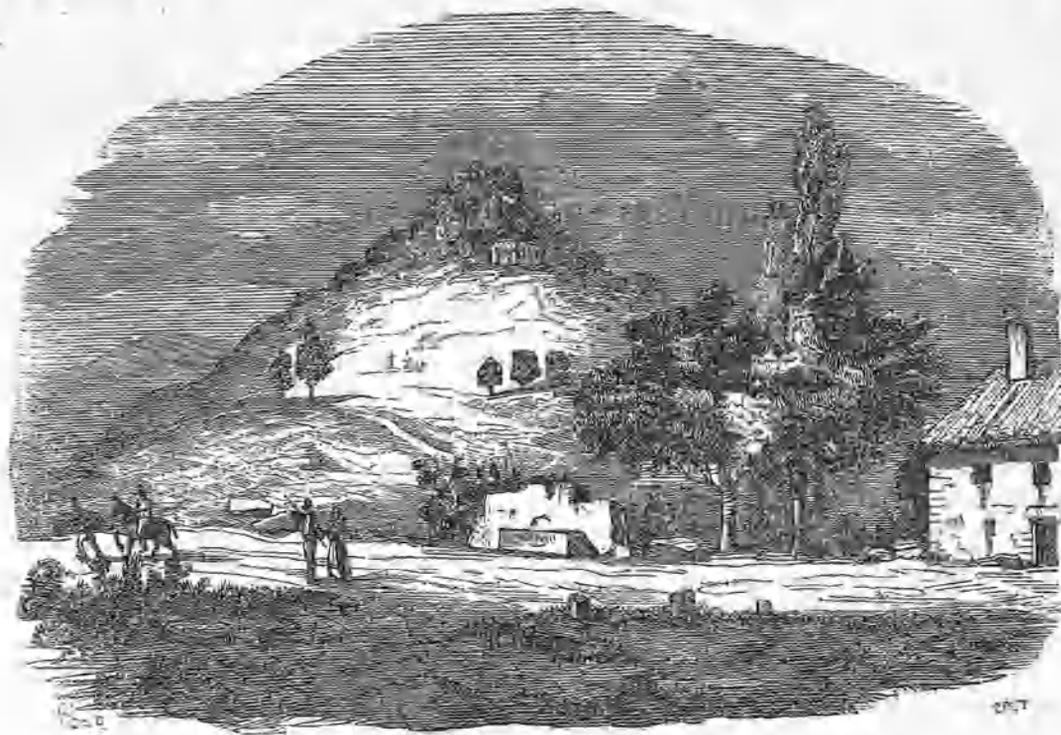
(1) Trigo: copaxal.

(2) Esta ermita se muy escarpada al N. y á una accesible al S., y de escaso daltre en su extension hacia el E.

de las corrientes del viento, como una esfiga descalzada sobre su peana, dilata su vista en el estenso panorama que se ofrece á sus ávidas miradas. Desde la cumbre del *Pico-Sagro* se descubre el valle de la *Ulla-baja*, sembrado de castaños, robles, pinos, frutales, cipreses, emparrados, maizales y prados en simétrica proporción con las torres de las iglesias, los *hórros* de las aldeas, y los palomares de las casas de campo. Es un prolongado jardín, interrumpido por las corrientes del río *Ulla*, que aparece y desaparece, murmurando en las pesqueras. Las barcas de la *Borreira* y *Sarandón* cruzan sus aguas como los reptiles de los prados atraviesan al anochecer las veredas públicas. Los molinos sacuden violentamente las trémulas orillas del río, como los esforzados pescadores de una redada encharcan sus pies para espantar las truchas y los salmónes. Las torres de las iglesias toman el color del helado seco. Las casas de campo se achican. Los palomares blanqueados, esparcidos en el valle, que recuerdan el cubo de las fortalezas góticas, se asemejan á los pesones de un in-

menso tablero de ajedrez. Las montañas salen al encuentro del viajero en revuelto anfiteatro. Los campos presentan las suaves graduaciones del fondo de las perspectivas de delicada antonación; el verde desvanecido de los maizales sazonados, se encuentra antes del verdegay de los prados, y se aleja del verde-oscuro de las hojas de los robles y de las encinas. Pardas lomas se levantan en medio de la *vega*, como la tierra renovada por los topes sobre la yerba de los prados; son los remotos templos druidicos ó las antiguas alxayas romanas; son los *castros* de la comarca.

Las vertientes de los ríos *Ulla*, *Tambre*, *Miño* y *Sá*, comparacen delante del viajero. La distancia cubre de bruma las apartadas cumbres. Al Noroeste se distingue á *Santiago* (1), recostado sobre el monte *Pedroso* y angostado por el monte *Viso*, como una caravana de peregrinos descansando al pié de las torres de la catedral, que el sol descubre como ripreses seculares. Al Sur se remonta hácia las nubes la esmeralda cumbre de *Santa Baya*. Al Oeste brilla con cambiantes indeci-



(El Pico-Sagro.)

sus entre los montes *Gestairas* y *Lápid* la ría de *Arosa*, que desagua en el oscuro celaje de la mar. Desde el *Pico-Sagro* parece el reflejo de las armas de un ejército en movimiento. En esta dirección salen al encuentro las caballerescas torres de *Altamira*, entre severas montañas, como un gigantesco nido de hullos.

El paisaje de esta decorada perspectiva es formado por el humo de las *estibadas*, que se remonta en prolongadas espirales y se acerca á la loma del *Pico-Sagro*, agrupándose en ligeras nubes bajo los pies del viajero.

Ulla-baja, setiembre, 1831.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

EL CABALLERO DE LYS.

Hará como seis de unos diez años, y en la estación nebulosa del advenio, que nos reunimos durante una helada tarde de diciembre bajo el techo paterno. El más joven de la familia, el mismo que escribe estas líneas, acababa de terminar la lectura del Evangelio del día. Mi anciano padre, hombre de otra época como veis, pues dispono que se leyese el Evangelio en familia, según costumbre adquirida de sus antepasados, había también concluido sus explicaciones cristianas; que el mal no me acuerdo versaban sobre las virtudes de la

Virgen *Marta*, y todos esperábamos que nos refiriese, según solía hacerlo, alguna anécdota de otro tiempo. Después de un silencio prolongado, como el de mi preámbulo; después de algunos gestos oratorios que hicieron resonar su sillón patriarcal, herencia de sus abuelos, y en el cual descansaban sus setenta y cinco venerables años, se sonó, tocó y dió principio de este modo á una historia de sus buenos días.

Había en otro tiempo un caballero de gran renombre y alta nobleza, llamado el caballero de *Lys*. Habitaba el antiguo castillo de sus abuelos, vieja fortaleza de torres aspilladas, y cuyas ruinas, que dominan aun con sombría majestad á los más elevados árboles del bosque del *Man*, me enseñaba mi abuelto cuando yo era rapaz. Su esposa, la piadosa *Teodolinda*, solo conocía el camino de la iglesia del lugar y el que conducía á la cabaña del pobre alvoro; pero él, en todo el ardor de la juventud, demasiado confiado en los tesoros conquistados por sus antecesores, se entregaba locamente á los placeres y á dilapidaciones que ningún género de advertencias ni de consejos podía moderar.

Acababa de entrar cierta noche en el castillo, de vuelta de una cacería, cuando su administrador, á quien había mandado que preparase una fiesta para el día siguiente, se le presentó y le dijo:

—Monseñor, vuestras arcas están vacías, y hoy mismo nuestros acreedores...

De pronto resonó el sonido de la trompa guerrera en la fortaleza, y el puente levadizo se bajó para dar paso á dos caballeros, que fueron reconocidos como enviados del rey de Francia, por las lises de oro que ostentaban sus armas y sus blancas sobrevestas. Sus corceles atravesaron el puente, é introducidos los mensajeros en la estancia del magnate feudal, y después de los cumplimientos de etiqueta, dijo uno de ellos:

—Anunciamos á monseñor que el muy alto y muy poderoso Luis,

(1) Esta montaña que se divisa á larga distancia en diversas eminencias de Galicia, descendiéndose en cima desde los puertos de las provincias limítrofes, data dos leguas de Santiago, levantándose aislada hácia el Sudoeste.

rey de Francia, pasará dentro de tres días por este castillo, y recomendaré á monseñor para que le prepare el vino de la llegada.

Estas palabras fueron un rayo para el pobre caballero: sus arcas estaban vacías, su crédito agotado, y dentro de tres días debía recibir al rey de Francia. Fingió sin embargo el mas estremado contento, ofreció generosa hospitalidad á los mensajeros de su soberano, y habiendo manifestado estos que tenían que llenar otra misión, montó en su blanco alazan y los acompañó hasta mas allá de sus dominios.

Aquel día habia hecho un calor insuportable: al ponerse el sol, se habia cargado el horizonte de vapores azulados, y el aire parecia tan pesado como el plomo: el azul del cielo habia desaparecido tambien bajo una capa de color gris, y el pastor que conducia su rebaño al establo, decia enjugándose el sudor de la frente:—La noche será tempestuosa.—No se habia equivocado, porque no tardó en rumbiar el trueno á lo lejos, las copas de los árboles comenzaron á agitarse, una nube oscura se espesó en el horizonte, y otras mas gruesas iluminadas por mil relámpagos ocuparon la atmósfera, elevándose sobre las



inmediatas colinas y estendiéndose como un lúgubre crepón por todo el valle.

El caballero de Lys volvía á su castillo entregado á sombríos pensamientos, cabalgando lentamente por el valle de las Hadas. De pronto lanza su corcel un siniestro relincho, se encabrita, é insensible á la espuela por primera vez, se niega é avanzar. Al mismo tiempo se entrecubre la nube, deja ver lenguas de fuego, cuyo livido resplandor alumbra el espeso follaje de los bosques, y se presenta al caballero un guerrero inmóvil sobre negro alazan y con armas negras. Recordando con aquella aparición todas las historias de hadas y de duendes que le habia referido su nodriza, tiembla un instante, pero llamando en su ayuda su reconocido valor, pregunta al desconocido:

—¿Quién eres tú?

—Soy el caballero Negro, le responde aquel; sé que te encuentras en recursos y vengo á tu auxilio para ofrecerte tanto oro como necesitas para reparar tu fortuna; pero exijo de ti dos cosas.

—Habla.

—Que renuncies á Dios.

—Acedo, responde el caballero de Lys, con acento vacilante y después de dudar un momento.

—Que renuncies á la Santa Virgen.

Entonces se turba enteramente el señor feudal.

—¡Renunciar á la Santa Virgen! murmuraba... No, jamás. ¿Qué diría mi anciana madre, que me ofreció á ella en mi niñez? Y diciendo esto inclinó sobre el pecho la cabeza bañada de sudor frío, al mismo tiempo que repetía:—No, jamás. ¿Qué diría mi anciana madre?

El caballero Negro le incita, pero al oír su constante negativa le dice:

—Pues bien, dejo á un lado la segunda condicion, pero dentro de un año, un igual día y á esta misma hora, te espero aquí con tu esposa.

—Sea así, responde el caballero; será exacta á la cita por el nombre que llevo...

—Ahora, manda abrir la tierra allá abajo, al pié de la última encina del bosque.

No bien pronunció estas palabras al caballero Negro, cuando desapareció: el magante llegó sin accidente alguno á su fortaleza.

El rey de Francia recibió una acogida digna de su grandeza. ¿Quién



podrá describir el esplendor con que brilló aquel día el viejo castillo del caballero de Lys, la magnificencia de sus tapices, el lujo de sus mesas, el número de los convidados, la riqueza de los presentes que se hicieron al rey Luis y á su séquito, la admiración y la envidia de los caballeros viejos al contemplar una magnificencia á que no podían llegar, y las frases de benevolencia con que el monarca recompensó una acogida tan extraordinaria? ¿Quién osaría enumerar tampoco las fiestas, con que el rico señor procuraba merecer á sus inclinaciones pródigas, que aturdir los siniestros presentimientos que hacía nacer en su alma el recuerdo de la fatal promesa? En medio de tan ruidosos placeres oscureciábase muchas veces su frente, y la dulce Teodelinda, que ignoraba la causa, se decía: «Cierto es que los placeres de la tierra, en vez de hacer feliz al hombre, aumentan sus desgracias.» Después rogaba á la Virgen que desterrase del corazón de su esposo todas las vanidades.

El momento que tenemos siempre llega con alas desplegadas, así como una lora de felicidad tarda siglos en llegar, por mas que la esperamos. Transcurrió un año y el día de la cita tocó á su término. Por la tarde, mas sombrío que de costumbre, el caballero propuso á su esposa un paseo hácia el valle de las Hadas.

El cielo estaba puro y la naturaleza en calma; el caballero, absorto en dolorosos pensamientos, fijaba la vista en el suelo y solo interrumpía el silencio de los hueros los pasos de los dos corceles sobre las hojas y la yerba. Acercábase ya al sitio fatal, cuando la piadosa Teodolinda rogó a su esposo que la aguardase un instante: mientras ella iba a orar á la Virgen de la ermita, separada algunos pasos del camino que llevaban. No tardó en volver á unirse con él, y ambos prosiguieron su silencioso paseo. Llegan por fin al lugar de la cita, donde ya les espera el caballero Negro armado de punta en blanco. Pero de pronto se turba y empieza á temblar. — ¡Ah, cobardo! exclama, me has engañado. — Al decir esto, huye desparpado rechazando los dientes.

Admira do el señor feudal mira á Teodolinda... Pero no ve á su esposa, sino á la Virgen de la ermita, radiante de luz, con una corona de estrellas sobre su cabeza y pisoteando al dragón. El caballero se postea á sus plantas y pide perdón de sus culpas; la Virgen se lo ofrece: la dice... que debe á su devoción hacerla ella el no haber sido arrastrado al infierno, y le manda que vaya á reunirse con Teodolinda, que ha quedado dormida al pié de la imagen de la ermita. Euseguida desaparece entre las melodías de un concierto celestial.

Una capilla, cuyas últimas piedras cubiertas de musgo es lo único que se ve, á testigó á los descendientes del caballero el singular poder de la que salvó á su padre.

— Ya lo veis, hijos míos, añadió mi padre después de una corta pausa y mirando á sus hijos con aspección; cuando el hombre se desliza fuera del camino de la virtud, que se guarda de renunciar á la devoción de la Virgen, porque ella es su último refugio; nunca lo olvidéis.

Nunca lo olvidaron, y vosotros... no lo olvidareis tampoco. Acordaos siempre de aquella Virgen que os han enseñado á venerar vuestros padres.

ESTADO ACTUAL DE LA LITERATURA RUSA.

« Para inventar una idea cuyo germen no se hallase en parte alguna, menester sería inventar toda la humanidad entera. » Luminosa verdad es esta, que reprodujo últimamente bajo otro aspecto el ingenioso y profundo crítico francés Gustavo Planche. Ninguna duda tiene que en literatura, filosofía, ciencias morales y políticas, todo se ha repetido mil y mil veces en diversas lenguas y distintos países. Inventan unos lo que se halla en un siglo antes; se desliza otras raras ideas, cuando no buscan nuevas formas para viejas cosas. Nada le queda ya al espíritu humano que descubrir, sino es nuevos doctores demerónicos, ó nuevas sustancias por medio de la química; mas en moral y en política, no alcanza ya la humanidad á renovarse, porque todo lo ha visto y lo ha probado.

Fuerza es, empero, distinguir la humanidad correctiva del hombre individual. Cuando hay que decir ha dicho la humanidad, y sabe cuanto hay que saber; mas el hombre no acabará jamás de decirlo todo; ni sabrá nunca lo que hayan dicho los demás hombres. Así como por la ley de gravitación en la naturaleza física, muévase sin cesar el pensamiento en el hombre, y la inmovilidad es la muerte de este pensamiento. Los hombres que no piensan, no existen para la humanidad, y son tan solo máquinas ambulantes.

El germen de todo lo bueno ó malo es el saber, y este conduce la humanidad á la perfección. El pensamiento es la vida del deseo de saber; la palabra y el arte de escribir, los dos órganos de esta vida, ignoran dónde se halla el germen de estas ideas; lo que puede decir es que las encontró en su cabeza.

Así pues el deseo de saber en el hombre hace que se mueva constantemente el pensamiento, y este no alcanza á moverse sino andando siempre por el camino de la novedad. He aquí por qué no se parecen unas á otras las generaciones. Todo cambia: lengua, literatura, forma de pensamientos, género de vida, trajes, usos, costumbres. Todos estos cambios los producen el deseo de saber y el pensamiento.

No hablo yo de los que no piensan. Para ellos no hay y mas que una sola vida, la de la digestión. Nada ven, nada oyen, nada penetran, y han de someterse á la influencia de pensar extraño.

En literatura sobre todo es donde se muestra el pensamiento. Originales han querido ser todas las naciones; todas han creído inventar, y solamente han imitado bajo ajeno influjo. No se sabe á punto fijo á cuáles siguieron los griegos; pero sí que á estos imitaron los romanos, y que á estos, y á aquellos y á sus abuelos copiaron los árabes en España. Estos tres pueblos, aunque imitando á otros pueblos, introdujeron (no obstante en su literatura una nacionalidad fundada en su religión, sus usos y costumbres. En la edad media, compónese la literatura de una mezcla de griego, romano y árabe, que tuvo por base

el fontino religioso. Siguiendo á la edad media y poniéndola por añadidura su sello de nacionalidad, se formó la literatura inglesa. Así que logró desarrollarse en su civilización la Francia, fue á tomar por modelos á griegos y romanos, revistiéndolos de sus cortésimas formas; porque no había nación en Francia entonces, y el solo era aristocracia sometida á la corte. Alemania, después de haber adoptado una lengua propia, vaciló largo tiempo antes de ascender al yugo de la escuela clásica. En España existen dos escuelas, una modelada en la escuela francesa, y otra calcada sobre la edad media.

Cuando apareció Rusia en el teatro del pensamiento, ninguno de las lenguas modernas de Europa dominaba todavía á la literatura universal. Los primeros apoyos de que se sirvió Pedro el Grande para introducir la civilización, los miembros del bajo clero prusiano, él era organizado según los principios del jesuitismo, procuraron dar forma á la nueva lengua rusa y quitarles las expresiones que del esclavon de occidente tenia. Pero ni el príncipe Kaibemar, ni Estéfano Yakorsky, ni Teófano Prokopovitch, ni Gabriel Boujinski, hombres sabios y de sublime talento, echaron cimientos á la lengua y literatura, por no estar en armonía sus tentativas con el espíritu del idioma y carácter de la nación. Iluchada en sus períodos, como la escuela latina, retorcíase la lengua rusa, agotándose en versos silábicos, y pedía que deslataen sus alas, y se le diera mas espacio. Iléolo Somonof, y se lanzó á las regiones elevadas, y no es que llegara de un solo vuelo á las alturas á que debiera elevarse, porque se arrojaban por el suelo todavía los contemporáneos de Somonof, y desechan contenerlo en su esfera. En aquella época empezó á tomar nueva dirección la literatura rusa. Aunque formado en Alemania Somonof, no alcanzó sin embargo á introducir en Rusia las libres formas de literatura alemana, á causa de que al propio tiempo se levantaba una lucha en Alemania entre la nueva y la antigua lengua, y no había aun tomado en literatura segura marcha. Principaban también entonces la lengua y literatura francesa á extender su reinado por la Europa civilizada, y la diplomacia se servía solo ya de la primera. Si cuando nació la literatura rusa, hubiese aparecido en aquella nación algún Racine, Corneille, Boileau, Crébillon, Molière, Fenelón, Bossuet, etc., hubieran crecido una literatura nacional, sacando sus elementos de la vida, antiguos y modernos usos, costumbres y ritos rusos. Empero la Rusia tenía entonces hombres instruidos, sin un solo ingenio; y como estos hombres hubieron de someterse naturalmente á la influencia de estranos ingenios, tomaron también sus creaciones como otros tantos modelos. Bajo el patronato del conde Schouvaloff y de la princesa Dashkoff se formó la literatura rusa, calcada según la escuela francesa, la cual reinó largos años, y cuya total imperfección consistía en estar fuera de la naturaleza. Los pastores y zagales de Polonia pensaban y sentían como los Aquiles y Bencines de Racine, es decir, como las duquesas y marquesas francesas, y toda la belleza de esta literatura se cifra en el lenguaje y estilo.

La pobre Sisa, Natalia, la hija del Boyardo, Massá-Possodnitza, de Karanzine; las fábulas, canciones, y sobre todo los cuentos de Dmitroff, son encantadoras producciones que compararse pudieran con las mejores obras en este género del siglo XVIII. Estos modelos firmaron á todos los lectores y escritores rusos de la generación actual, de suerte que Karanzine y Dmitroff son sus institutores.

En medio del pacífico y armonioso curso de la escuela francesa, salieron de repente producciones nacionales con todo el sello de la realidad sencilla rusa. Tales fueron las poesías de Kellof, cuyas imágenes, situaciones y lengua son verdaderamente rusas: después de haber transformado á Esopo, Pilpay y La Fontaine; creó aquel escritor la fábula nacional con su carácter particular y originalidad perfecta.

Habiase formado entonces otra nueva literatura alemana, modelada en los antiguos libros de Inglaterra y del occidente de la edad media: la inglesa había tomado también otra dirección, después de purificarse de su barbarismo en el crisol del siglo XVIII, conservando sin embargo sus formas originales, y se llamaron románticas en recuerdo de la lengua y poesía que sirvieron de cimiento para unir las partes heterogéneas en las escuelas inglesa y alemana. Por oposición se llamó clásica la antigua escuela francesa, y establecióse entre ambos tremenda lucha, que se funde en las formas y libertad de lenguaje. Desde entonces cuantos pensaron y sintieron con vehemencia, adoptaron la literatura romántica, que se puede también llamar nacional; porque se toman sus argumentos en la historia, usos y costumbres nacionales. Griegos deben aparecer siempre los hijos de Grecia, rusos los de Rusia y no franceses, con todas sus creencias, sus pasiones, sus errores y sus ideas.

Joukoffki fué el primero que introdujo en Rusia la poesía romántica. Alejandro Pouschkin, á pesar de su originalidad, no es otra cosa que el resultado de Joukoffki, porque este le creó, y no Goethe, Schiller ni Byron. Cuando se creó á escribir Pouschkin, sus inspiraciones de naturaleza rusa, no conocía mas que á Joukoffki: el primer ensayo de este célebre escritor, *El cementerio*, llenó de oscuridad á todos

los rusos, porque era lenguaje hasta entonces desconocido; y *Svetlana* hizo luego época, y se consideró como la primera piedra puesta en los cimientos de la poesía rusa nacional.

Hablo solo de los grandes capitales de la literatura rusa, y no de las legiones que tras de ellos siguen, harto medianas, cuando no pésimas.

En todas las naciones la poesía ha dejado atrás á la prosa, y ha acabado por ahogarla. Creados por naturaleza los poetas, obra en ellos la imaginación y el sentimiento. Los prosistas tienen necesidad de estudio y reflexión y de muchos años para formarse y producir cosas buenas. Al prosador no le basta la sola inspiración.

La falta de instrucción clásica, la mala costumbre de descuidar su lengua materna, y la carestía en fin de buenos institutores, hacen que tan lento sea el desarrollo de la prosa rusa; de cada veinticinco escritores rusos puede asegurarse que cinco apenas conocen los principios de su lengua, y que la mitad de ellos escriben por instinto y al acaso.

Muy poco se ocupaban antiguamente en Rusia de la lengua alemana, y hoy día no hay escritor que no la sepa, lo mismo que su literatura. Hasta los franceses han conocido esta necesidad, y no hay joven aulor que no estudie las producciones inglesas y alemanas.

Sin embargo, la nueva dirección que se ha impreso en la literatura rusa, no la tiene de Inglaterra ni Alemania, sino de la Francia romántica. Y no es que hayan dejado los rusos de declarar irreconciliable guerra á la nueva escuela francesa; pero en esto se parecen á los antiguos romanos, que combatiendo al mundo entero, tomaban de todas partes armas, leyes, dioses y usos, y sobre ellos fundaron su literatura. Desgañitábase sin cesar los rusos gritando contra los jóvenes escritores franceses, y casi todas sus producciones modernas se resentían de la lectura de Víctor Hugo, Julio Janin, Bazac, etc.

Así que desde su nacimiento no se ha apartado jamás la literatura rusa del camino de la imitación, y particularmente ha estado sometida á la influencia francesa. Alguna chispa de originalidad se vió de cuando en cuando; pero dos ó tres poetas y otros tantos prosistas originales, no componen todavía una escuela independiente. Sin embargo, el romanticismo, el naciente gusto del público en cuanto sea verdaderamente ruso, la afición á ciencias históricas, y la inclinación de la juventud á ilustrarse, presagios seguros son de que aparecerá en breve una literatura rusa original y del país. Los mismos síntomas precedieron á la revolución literaria de Alemania, y luchó la nueva lengua con las viejas formadas, como en tiempo de Lessing y Goethe. Verdad es que en nada se parecen las dos luchas, porque nosotros disputamos por meras palabras, pensando que una expresión puede valer mas que otra; y ni Walter Scott, ni Byron, ni Goethe, ni Schiller, lejos de escluir palabras, desterraban las inusitadas, dándolas vigor y lozanía. ¿Por qué ha de preferir un rico la moneda corriente, si puede hacer circular la antigua que en su gaveta tenga? Harto sabemos que alcanza un escritor á ser elocuente sin hacer redondeados y altisonantes períodos; y que lejos de consistir la elocuencia en escogidas expresiones, fundase mas bien en pensamientos fuertes y profundas sensaciones, correctamente expresados y sin amaneramiento. Para escribir no se conoce el estilo nacional en los libros y salones, ni en las conferencias con literatos, sino en las pláticas con el pueblo, en el estudio de su vida, de sus costumbres, sus creencias, sus canciones y modismos.

La crítica de los periódicos rusos se va perdiendo cada día mas, y los mismos que debieran fomentarla la desechan. Rara vez es seria la crítica rusa, y por eso cualquier broma la toman á personalidad aquellos escritores. En ninguna parte existe tanta hostilidad y odio entre los literatos como en Rusia, ni arman en los periódicos tan sangrientas disputas.

Crece actualmente una generación nueva de autores que prueban sus fuerzas en las Revistas; Timofeyef y Terchof son los que dan mejores esperanzas. En cuanto á la poesía, hace ya mucho tiempo que nada han producido sus jefes, los cuales se han dormido ya en sus laureles. Los diarios del ministerio de Instrucción Pública encierran preciosos materiales para la estadística y la historia del imperio.

Como obras científicas de suma utilidad pueden citarse la *Estadística del gobierno de Jenissei*, por Mr. Stepanof; la *de comercio*, por Mr. Nebolsine; *Descripción del Cáucaso*, por Zoubof, y el *Viaje alrededor del mundo*, por Liské. Con respecto á la historia, no han salido de la imitación; y proselitos del escepticismo como en Francia, dudan de la autenticidad de casi todos los sucesos antiguos. La *Enciclopedia* de sus sabios y literatos se ha concentrado ahora en el *Diccionario enciclopédico*, monumento el mas sólido de su época literaria. Muchos artículos de este diccionario brillan cual luminosas estrellas en el oscuro horizonte. Tales son: *La vida del emperador Alejandro*, y otro artículo intitulado *Oriente*, de Mr. Senkofsky.

La literatura rusa actual da por resultado: pocas producciones buenas entre las infinitas que se han dado á luz; falta de buenos críticos; fomento en la estadística; conjeturas mas bien que hechos de-

mostrados en historia; estagnación en estética y matemática, y pronunciada tendencia de la literatura al romanticismo, según los modelos de la nueva escuela francesa. En poesía pocas novedades; de suerte que los trabajos intelectuales en estos últimos dos años han sido de poquísima importancia, y la marcha de las ideas y síntomas de desarrollo lentos y débiles. La esperanza literaria de la Rusia está en el porvenir.

EN UN ALBUM.

No á los mortíferos golpes
de los tajantes aceros,
con susto huyó de las lides
el hendado niño ciego.

Su vivo fuego estremeca
de placer los altos cielos,
puebla los bosques sonoros,
inflama del mar los centros.

Viste Amor blanco pellico
en el campestre soiego,
sedas y oro en los palacios,
malla en el hélico estruendo.

El la condición derriba
del miserable avariento,
arroyo infunde al cobarde
y bondad aumenta al bueno.

Sienta por otros sentidos,
mira por ojos aganos,
húmedos valles encumbra,
que cayados y celos.

Suyo el adorar rendido
la hermosura y el talento,
suyo el santo amor de madre
y suyo el cristiano pecho.

Mas ¡ay! que es también su llama
origen de amargos yerros,
fiera batalla del hombre
y lastimoso trofeo.

Guerra y paz, hado y fortuna
rige con igual imperio.
Nadie le injurie ni ofenda
que es vengativo y certero.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA y ORBE.

Epístola que una que no es erudita, ni aspira á serlo,
dirige al Director del Semanario.

Dejaba apenas el lecho
esta mañana á las diez,
cuando una cerrada epístola
viene en mi mano á caer.
Tinta color de violeta,
ribetes de oro el papel,
y sobre el lacré de grana
sellado un galgito inglés.
Abro, leo, me confundo,
vuelvo de nuevo á leer,
y á quedarme como estaba
vuelvo de nuevo otra vez.
Busco la firma, no hay firma,
busco sedas, no hay de qué,
y en vano miro y remiro,
una vez, dos, hasta seis.
Solo con letras de á palmo
«los críticos» llevo á ver,
escrito á modo de epigrafe
de lo que luego diré.
Por fin ¡venturosa ideal!
«Ya se descubrió el pastel.»
Clamo, y con un coscorron
reuniero mi saber.
«Justo, hé aqui la respuesta
que alguna dama de prez
dirige por mi conducto

el SEMANARIO de ayer (1).
Teme acaso y con razón
fuera su estrella cruel,
directamente enviada
á mirarse perecer
en un cajón tenebroso,
de los que niegan el fué,
cajón que por lo que traga
de ministro pudo ser,
donde tantos memoriales
suelen morir de vejez.
Y pues ya dije su historia
lo mismo que yo la sé,
allá va la dicha epístola
sin quitar y sin poner.

LOS CRITICOS.

«Cruel llaman á Neron
y cruel al rey Don Pedro,
como si fueran los dos
dos criticos de estos tiempos.
Estos sí que trastornaron
las leyes del universo,
haciendo lo recto, curvo,
llamando lo blanco, negro.
O el mundo se ha vuelto niño
cansado de ser tan viejo,
ó tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
Vivimos en tales dias,
llegamos á tal extremo,
que es crimen de lesa-critica
tener las mugeres seso.
Hombres, tened compasion,
tened piedad, por el cielo,
de quien tantas otras veces
os llamais humildes siervos.
Tanta discreta lisonja,
tanto pipro y requiebro,
por Dios no troqueis crueldades
en insulto ó menosprecio.
Para esta nueva cruzada
permita Dios justiciero,
que por salvarnos signiera,
no nazcan Juanes ni Pedros.
Sed una vez generosos,
trocad en amor el ceño,
los queridos de las damas
por galanes y discretos.
Perdonadles sus chocheos
á Safo, á... mas quedo, quedo,
no me llamen erudita
cuando tiemblo pareciendo.
Venga la rueca y el huso,
hermanas, vamos barriendo,
arrojad todos los libros
y el de misa lo primero.
¡Las mugeres racionales!
¡ellas con entendimiento!
¡válganos Dios, que desdicha!
¡qué calamidad! ¡qué censo!
Es una epilepsia horrenda,
peor que el vómito negro,
hermanos teneis razon,
funesta plaga por cierto.
Mas no es tan malo lo que están,
según yo juzgo á lo menos,
las mugeres eruditas,
como los barones, acaicos.

Qué tal? La niña se esplica,
y mas severa que un juez;
qué bien dijo aquel que dijo

que es el diablo la muger.
En fin allá va la carta,
con ella entiéndase usted,
y donde estuvo la ofensa,
la satisfaccion esté.

FRANCISCO VILA.

LOS PIANOS PROSCRITOS.

Un amigo nuestro se propuso dias pasados dar un ejemplo verdaderamente heroico y filantrópico á todos los propietarios de la corte.

No queremos estampar su nombre ni el de la calle en que posee una magnifica casa, porque nos hemos pronunciado contra las reclamaciones, y porque el generoso mortal que ha concebido la idea de que hablamos, recibirá, si llega á completarla, las bendiciones de sus inquilinos, y esto debe bastarle.

Dicho amigo se empeñaba en colocar en la fachada de su casa un aviso monstruoso con las siguientes palabras.—NO HAY PIANO ALGUNO EN ESTA CASA.—No queria dar á entender con semejante advertencia que en los cuartos desatquilados hacia falta pianos, sino que de ningun modo se admitian inquilinos que los tuviesen.

Debía pues interpretarse así su rótulo, en caso de que hubiese llegado á fijarlo.

¡Oh madrileños, que deseais ver deslizarse vuestros dias y vuestras noches en medio de la mas completa tranquilidad, venid á ocupar sin temor esta casa, pues no incomodarán vuestros nervios ninguna escala cromática, ni sonata alguna á cuatro manos: aqui llegareis á la edad mas avanzada, sin haber experimentado un momento de impaciencia y sin maldecir á los pianistas de arriba, de abajo, del cuarto derecho ó del izquierdo.

Deseo poco cristiano sin duda, pero que solo llega á ser un pecado venial, cuando se tiene por vecino á un músico que, á pretexto de que los laureles de Thalberg le impiden dormir, nos tiene despiertos toda la noche ejecutando un trozo de Liszt.

Una casa por alquilar, de la cual se proscribiesen los pianos, tendria derecho para poner por muestra: AL PARAISO TERRESTRE.

Si en tal sitio no llegaba á gozarse la mayor suma de felicidad posible, debemos creer que la dicha es, en efecto, un sueño en la tierra.

Pero esto podrá consistir en que, desconfiando del piano, el propietario de la casa no se acordará del violín ni del clarinete.

El clarinete es un enemigo formidable.

Un principiante de violín debe considerarse como una calamidad pública.

Llega un inquilino con el rostro mas angelical del mundo, y deja que le registren sus bauls para probar que es hombre inofensivo; entre sus muebles no se ve ningun piano, ni de cola, ni vertical; no hay pues inconveniente en que se instale, y el propietario se restrega las manos de puro contento.

¡Infeliz! Aquel enemigo del sosiego vertical á quien acaba de entregar el cuarto, lleva en los bolsillos del gaban otro instrumento mas pérfido que el piano.

No bien ha tomado posesion de su estancia, y cuando los vecinos van á entregarse al sueño, ampuña su clarinete ó su cornetín de pistón, y empieza á alborotarles los cascos con el *Ay duquesa, duquesa, duquesa*, ó con el *Yo soy la nata y flor*.

Hé aquí suficiente motivo para que un buen cristiano se dé á todos los diablos y reniegue de las mas dulces melodías.

Si mi amigo el propietario quiere que realmente los cuartos de su casa se conviertan en sucursales del Paraíso celestial, será mejor que complete su rótulo emendándolo de este modo:

No se alquilan estas habitaciones á personas que toquen cualquier especie de instrumentos.

Mediante estas precauciones, podrá suceder que en la tal casa llegue á conseguirse disfrutar algun sosiego.

¡Dios mío!... ¡Y se me habia olvidado lo mas esencial!

¿Dónde dejamos á los dilettanti que noche y dia se afanan en busca del *dó de pecho*?

A estos es á quienes principalmente importa desterrar de los barrios de Madrid, y aun de los contornos de la capital.

Desengañémonos: los ejercicios musicales, ya sean vocales, ya instrumentales, en el centro de la corte, no hacen mas que barrerarnos los oídos, privarnos del sueño, y equivocarnos en todas nuestras cálculos y especulaciones.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Albambra.

(1) Correspondiente al 3 de Diciembre de 1852.